

EL NACIONALISMO Y LA NATURALEZA HUMANA (A LA MEMORIA DE CARLOS RANGEL)*

Carlos Alberto Montaner

En estas páginas se propone examinar el fenómeno del nacionalismo desde un ángulo “biologista”. La nación (grupo fuertemente cohesionado por señas de identidad común) aparece aquí como una estrategia inconsciente de la especie para lograr prevalecer. Mientras el individuo necesite de otros para dotarse de una identidad propia —se señala—, esa identidad siempre requerirá de grupos distintos para establecer el contraste; y mientras se mantenga vigente la fuerza vital que anima a nuestra especie y la impulsa a continuar reproduciéndose, existirá una urgencia ciega hacia la constitución de grupos diversos y competidores, es decir, potencialmente hostiles. La conclusión de este análisis —sostiene el autor— tiene dos caras. La primera es reconocer que la nación, esa indoblegable voluntad de tribu, forma parte de la más íntima naturaleza humana. La segunda es que ese impulso instintivo, para que no sea letal, debe quedar sujeto al imperio de las leyes, de los controles democráticos y de la moral.

CARLOS ALBERTO MONTANER. Distinguido ensayista, escritor y periodista cubano, residente en Madrid. Ampliamente conocido como uno de los líderes políticos del exilio cubano.

* Conferencia pronunciada el 24 de octubre durante las II Jornadas Liberales: “Nacionalismo y Cultura. Homenaje a Carlos Rangel”, en Benidorm, Alicante, 24-28 de octubre, 1994.

*“Qué linda es mi bandera, si alguno la mancilla
le parto el corazón. Viva México”.*
(Corrido frecuentemente cantado por Pedro Vargas)

Acerquémonos al exergo con que comienzan estos papeles: “Qué linda es mi bandera/ si alguno la mancilla, le parto el corazón./ Viva México”. Se trata del estribillo de un famoso corrido mexicano, pero en sus cuatro líneas resume el fenómeno que nos ha traído hasta Benidorm. Ahí está todo: el símbolo sublimado (la bandera), la violencia potencial (le parto el corazón), y la identificación de la entidad venerada: México, la patria, la nación adorada por los que estamos dispuestos a sufrir o a infligir los mayores sacrificios y penitencias.

La elección de esta estrofa, por supuesto, en modo alguno quiere decir que vamos a dedicar las reflexiones que siguen a indagar sobre el proverbial nacionalismo mexicano. Esto a lo que hoy llamamos *nacionalismo* probablemente forma parte de la historia universal del bicho humano, desde mucho antes de que existieran las llamadas naciones, y tal vez no sea otra cosa que una manifestación externa del gregarismo que caracteriza a nuestra especie.

Esa emocionada y emocionante escena de *Casablanca* en la que los franceses, estremecidos por la pasión patriótica, ahogan con *La Marseillesa* los cantos de los alemanes, con otras voces y con otros ritmos pudiera filmarse en Bosnia y en Serbia, en la franja de Gaza o en Tel Aviv, en la India rota por el conflicto entre musulmanes e hindúes, en la Irlanda dividida entre protestantes y católicos, y hasta es posible imaginarla con la música de fondo del tan-tan de los tambores africanos en un *Rick's café* zaireño en el que coincidan los refugiados hutus y tutsis.

De manera que hay que comenzar por descartar las actitudes despreciativas con relación al nacionalismo. Ningún grupo humano está exento de su influencia. Les ocurre a todos. Nos ha ocurrido a todos. Todos tenemos alguna experiencia personal que apunta en esa dirección. ¿No hemos sentido alguna vez, al escuchar el himno de la patria, una especie de nudo en la garganta y un raro temblorcillo en el labio superior? ¿No hemos asumido como propio el triunfo ajeno de un equipo deportivo de nuestra nación? ¿No hemos saltado de alegría ante el gol propio? ¿No hemos percibido un extraño orgullo por los triunfos del país y un no menos extraño pesar por sus fracasos? Estamos, pues, ante una emoción universal que trasciende las razas y culturas, los límites geográficos y la historia.

Una sonda indagatoria

Dicho esto, me parece conveniente explicar el propósito de este ensayo: no me propongo atacar o defender la ocurrencia del nacionalismo. Pienso que el nacionalismo —junto a indudables beneficios— ha sido la coartada histórica de un sinnúmero de canalladas y atropellos, pero no es al análisis ético o político a lo que van dedicadas las páginas que siguen, sino a tratar de entender por qué y cómo acaece este fenómeno.

El punto de partida, la sonda indagatoria —es bueno advertirlo desde ahora— es una visión *neodarwiniana* de la persona. Es decir, doy por sentado que el hombre es un animal más sobre el planeta, sujeto, como todos, al proceso de la evolución natural y al rigor de las fuerzas biológicas que, en gran medida, determinan su conducta.

Me doy cuenta, obviamente, que este enfoque ya fue objeto de un importantísimo debate a lo largo del siglo XIX, pero de la misma manera que el liberalismo o la ortodoxia económica de la Escuela de Viena han resurgido de sus aparentes cenizas —tras un siglo de haber sido, supuestamente, superados—, el análisis *biologista* es hoy el que prevalece en casi todos los campos de investigación sobre la naturaleza humana¹.

Éste, naturalmente, es un espinoso terreno, porque resulta muy fácil —aunque sea erróneo— justificar desde la biología posturas racistas o sexistas, pero tal vez la peor de las actitudes asumibles por intelectuales que se respeten, y que respeten a sus colegas, sea la de callar por miedo a las etiquetas denigrantes o por no violar las pacatas reglas de lo que hoy se califica como “políticamente correcto”.

Al fin y al cabo, mucho más importante que situarse en el risueño bando de quienes dicen lo que todos quieren oír, es colocarse bajo la autoridad de la verdad, y no moverse ni un milímetro de esa incómoda posición hasta que otras ideas u otras informaciones modifiquen nuestros puntos de vista.

¿Por qué el *biologismo* se fue debilitando a lo largo del siglo XX como instrumento de análisis de la naturaleza humana? Probablemente, por la influencia *culturalista* de algunos eminentes pensadores, como el etnógrafo alemán Franz Boas, huido a Estados Unidos a consecuencias del antisemitismo, pero también —qué duda cabe— por una curiosa y nefasta combinación de pinzas entre el ejemplo reprobable del fascismo y la huella ideológica del marxismo.

¹ Véase Carl N. Degler, *In Search on Human Nature: The Decline and Revival of Darwinism in American Social Thought* (1991).

Tras los resultados del nazismo y del sangriento mito de la superioridad biológica de la “raza aria”, a la *intelligentsia* y —en general— al mundo académico acabó por repugnarles cualquier vía de investigación sobre la naturaleza humana que apoyara su búsqueda o sus hallazgos en los fundamentos biológicos de la especie.

Por otra parte: los mitos del socialismo también contribuyeron a oscurecer esta visión de las personas. De acuerdo con los postulados marxistas, la conducta sólo se explicaba por la historia de los pueblos, por el derecho que los regía, y por el modo de vincularse a los medios de producción. Todo, en suma, era cultura. El hombre se determinaba por la superestructura que secretamente lo gobernaba, y tuvo, pues, que disolverse en el pasado la pesadilla del fascismo, y tuvo, además, que desacreditarse totalmente el pobre ideario socialista, para que, de nuevo, los pensadores e investigadores, sin demasiado miedo al escarnio, pudieran regresar al camino del *biologismo*.

Vida y evolución

Como es fácil de advertir, además del término *neodarwinismo* he apelado al de *biologismo*. ¿Por qué? Porque Darwin nos remite, fundamentalmente, a la idea de la existencia de la vida como un lento pero continuo proceso de evolución, mientras que el *biologismo* abarca, quizás, la fisiología detallada de ese proceso. Darwin —y antes que él Wallace e, incluso, su propio abuelo, Erasmus Darwin—, establecieron lo que ocurría (la evolución), y propusieron una brillante conjetura para desentrañarla (la selección natural), pero esa explicación del origen de las especies, hoy aceptada por prácticamente toda la comunidad científica, dejaba sin atar numerosos cabos sueltos que son, precisamente, los que hoy, y desde hace medio siglo, comienzan a anudarse en diferentes direcciones.

Para Darwin —al fin y al cabo un zoólogo naturalista por encima de cualquier otra definición—, la vida era un proceso evolutivo surgido del azar, sin plan preconcebido, pero si se le pregunta a un biólogo de nuestro tiempo en qué consiste este curioso fenómeno de oxidación, de combustión de energía, que les ocurre a ciertos compuestos orgánicos en el planeta Tierra (fenómeno que provoca, entre otras consecuencias, que ustedes y yo estemos reunidos en este salón), lo más probable es que ofrezca una definición ligeramente diferente. La vida, en efecto, para este biólogo moderno, es un proceso evolutivo, pero evolucionar y diversificarse constantemente no es precisamente el objetivo de los organismos vivos. Los organismos

vivos todo lo que intentan, frenética y desesperadamente, es prevalecer, reproducirse, transmitir sus propios caracteres, duplicarse sin más, aunque en el caso de los homínidos, para suerte de nuestra especie, esa urgencia se desplaza en el camino de la cerebración reciente. Sólo que en los complejos avatares de ese intento de multiplicación se producen curiosas y aleatorias bifurcaciones que unas veces (y siempre provisionalmente) acaban por derivar en hipopótamos, en estafilococos dorados, en claveles, o en monos desnudos que devienen corredores de bolsa en Nueva York o guerreros animistas en la selva africana, por sólo citar dos oficios acaso no tan diferentes entre sí como pudiera parecer a simple vista.

¿Por qué esa oculta fuerza, ese impulso vital que mueve a cierta materia a desdoblarse, a reproducirse incesantemente? Por supuesto, no lo sabemos, pero sí sabemos que sin *eso* no habría vida. Ésa es, precisamente, la frontera entre la materia orgánica y la inorgánica. ¿Cómo se cruza esa frontera? Tampoco lo sabemos, pero podemos barruntar que cada vez que cierta materia inorgánica es sometida a determinadas condiciones naturales, es probable que se desencadene el fenómeno de la aparición de la vida, y que con él surja la extraña, polimórfica y mutante aventura de los seres vivos.

Sicobiología

¿Qué tiene que ver esta especulación científica con el análisis del nacionalismo que hoy nos convoca? Bastante. Admito que voy dando un rodeo un tanto tortuoso, pero había que comenzar por identificar la atalaya desde la que nos asomamos. Si partimos de un criterio *biologista* y no estrictamente político, probablemente las conclusiones a las que llegaremos serán diferentes. No creo que contrarias, pero sí diferentes.

No es ociosa, pues, para este texto, la observación, tantas veces hecha, y aquí repetida, de que el elemento clave de todo lo que vive es esa ciega urgencia de reproducirse y prevalecer que presentan todas las criaturas. Si vamos a contemplar al organismo humano desde esta perspectiva, más vale que tomemos en cuenta este punto de vista. Y eso, exactamente, es lo que se desprende de las corrientes del pensamiento académico que hoy parecen dominar el campo de las ciencias sociales. Me refiero a la *sicobiología* y a la *sociobiología*, disciplinas muy cercanas en sus enfoques y totalmente complementarias. La *sicobiología* intenta explicar la conducta de los individuos como resultado de procesos físicos y fisiológicos que ocurren fundamentalmente (aunque no únicamente) en el cerebro; mientras

que la *sociobiología* se propone encontrar la clave de los comportamientos colectivos en pautas secretamente dictadas por el organismo con el fin de que el grupo continúe acuñando su tenaz fenotipo generación tras generación.

El punto de partida de la *sicobiología* podría remitirnos a Hipócrates y su teoría de los humores, o a Descartes y su aguda reflexión sobre el papel del yo y su localización en el cerebro, pero con mucha mayor precisión podemos situar el comienzo de esta disciplina en 1948, en Melbourne, Australia, cuando el médico John Cade tuvo la intuición de administrarle sal de litio a un sicótico maníaco-depresivo, hasta entonces incurable, comprobando, a las pocas semanas de haber comenzado el tratamiento, que desaparecían los estados de ansiedad, la locuacidad insoportable, o las voces y delirios que torturaban desde hacía décadas a un enfermo que, hasta ese momento, había sido tratado por medio del sicoanálisis sin ningún resultado apreciable².

No era el trauma inconsciente lo que lo martirizaba, ni era el Complejo de Edipo lo que lo angustiaba, ni necesitaba sacudirse sus fantasmas por medio de la catarsis: el pobre sicótico era víctima, como tantos millones de personas, de una carencia química, de un desbalance hormonal, o de un oscuro trastorno fisiológico. Ése era el origen y el fin de su problema. Una vez restablecidas las funciones normales de su cerebro, la conducta del enfermo dejó de ser muy distinta a la de la mayor parte de las personas.

A partir de ese momento, la *sicobiología* comenzó a despejar y a marginar, progresivamente, los dos modelos de análisis con los que, hasta entonces, se pretendía entender la conducta humana. El sicoanálisis por un lado, y el *behaviorismo* o conductismo, por el otro, le fueron abriendo paso al estudio de la fisiología del cerebro y de los otros órganos que con él decidían u orientaban el comportamiento normal o anormal de las personas.

Naturalmente, esta vía de análisis de inmediato hallaba respuestas a numerosas interrogantes sobre la patología de la conducta, pero también dejaba abierta tres preguntas claves sobre la *normalidad*: ¿qué era ser normal?, más allá de una coincidencia estadística, ¿por qué a nuestro organismo le convenía esa normalidad, y qué hacía para obtenerla?

Una de las respuestas se deducía de la adecuación entre la maduración de la personalidad y el desarrollo del cerebro. En efecto, la evolución del cerebro humano parece programada para provocar cierto tipo de conducta que contribuye a la prolongación de la especie: entre los dieciocho y

² Véase Richard M. Restak, *The Brain: The Last Frontier* (1979).

los veinticuatro meses los niños y niñas dan muestras de haber adquirido conciencia de su propia individualidad. En personas normales ese rasgo, ese ego diferenciado, permanecerá vigente hasta la muerte (o hasta el surgimiento de un grado avanzado de demencia senil), condicionando la mayor parte de nuestros actos, y —en cierta forma— esclavizándonos.

Tras la aparición del yo, desde esa temprana edad, y de manera creciente, casi todos nuestros esfuerzos y desvelos estarán encaminados a satisfacer los requerimientos constantes de nuestra implacable autopercepción. De ahí nuestra necesidad de ser queridos, respetados y admirados. De ahí, también, nuestra perentoria necesidad de emular y competir, impulso que el sociólogo Thornstein Veblen consideraba casi tan poderoso como el instinto de conservación.

¿Por qué hemos venido a Benidorm a intercambiar puntos de vista? Sin duda porque nos gusta reflexionar sobre estos temas; seguramente por el placer de ver a viejos y queridos amigos; pero también, y en gran medida, por la necesidad que tiene la mayor parte de las personas normales de alimentar con reconocimiento sus insaciables egos. ¿Y por qué la naturaleza ha colocado en las personas *normales* esa demanda constante de energía y esfuerzo? Probablemente, porque las actividades que estas necesidades provocan en nosotros generan una actividad que conviene para la supervivencia de la especie. Esa secreta fuerza que nos impulsa a levantarnos, asearnos, y salir a proclamar la lozanía y el vigor de nuestro yo, es el resultado de una orden inconsciente dada por nuestro cerebro.

¿Cómo sabemos eso? ¿Cómo podemos estar seguros de que la normalidad incluye la urgencia de defender y proclamar nuestro yo de manera permanente? Quizás viéndolo desde el ángulo opuesto: asomándonos a eso a lo que comúnmente llamamos depresión. ¿Qué es la depresión? Es la ausencia de vitalidad psicológica y, a veces, física. Es la autopercepción negativa, la sensación de fracaso; la falta de energía para levantarnos a luchar por la proyección positiva de nuestra imagen exterior. Es lo que, en mal castellano, tomando el significado del inglés, pudiéramos llamar *falta de agresividad*. Carencia que destruye nuestras vidas y que, de propagarse, terminaría con cualquier sociedad organizada.

¿Cómo modula el cerebro nuestro comportamiento? Aparentemente, con sensaciones placenteras o dolorosas. Ante el éxito, la lisonja o la admiración general, sentimos algo agradable aunque vago. Ante el fracaso, el ridículo o el desprecio, sentimos aproximadamente lo contrario: malestar, incomodidad, vergüenza. De ahí que las personas normales estén a la permanente búsqueda del tipo de conducta que acarrea premios físicos y rehúyan las que provocan las reacciones opuestas.

Los instrumentos de los que se vale el cerebro para premiar y castigar a las personas son los neurotransmisores³. Estas sustancias químicas —y se conocen más de 40— son verdaderos *mensajeros* que se mueven entre las neuronas en respuesta a descargas eléctricas de diferente intensidad que afectan el sistema nervioso. Los neurotransmisores provocan la excitación o la inhibición de las neuronas, variando la proporción de ciertas sustancias en el organismo y provocando con esta variación un alejamiento en la dirección del placer o del dolor en la persona. De ahí que el antropólogo español José Antonio Jáuregui haya podido escribir lo siguiente, que cito *in extenso*: “El cerebro es una máquina biológica adictiva. Está programada para adquirir adicciones: adicción a las drogas, sellos, [...] libros, etc. ¿Por qué sufrimos cuando pierde nuestro equipo? Si cualquier sociedad territorial rival —sea Italia, sea Francia, sea Estados Unidos— humilla a España —en el terreno que fuere— su cerebro le castigará activando su zona emocional con una dosificación precisa y proporcional de los grados de adicción de su cerebro. El cerebro castiga sin piedad —es una máquina sin entraña— a su marioneta consciente y sintiente cuando ésta no cumple con la adicción adquirida: tantos grados de castigo emocional por no ingerir heroína o por asistir al espectáculo de que un equipo sufra una humillación”⁴.

Sociobiología

Bien: si la *sicobiología* nos dice *cómo* nos castiga el cerebro cuando nuestro grupo sufre una derrota, la *sociobiología* intenta explicarnos *por qué* sucede una cosa tan extraña: aparentemente, la supervivencia del grupo depende del grado de cohesión que mantenga, y esto exige una cierta solidaridad física y emocional.

No es verdad la vieja afirmación de que sólo me puede doler mi propia muela. También me duele, en alguna medida, la muela del otro miembro del grupo al que pertenezco, entre otras razones, porque se trata de un fenómeno de altruismo recíproco. “Yo le doy mi solidaridad y espero que él también me la dé a mí”, sentimiento sin el cual seguramente el peligro de extinción del grupo se multiplica exponencialmente.

Ahora bien: ¿cómo se forma parte de un grupo? ¿Cómo se conjuga la existencia de un ego que lucha por plantar su individualidad y un grupo

³ Véase Mark R. Rosenzweig y Arnold I. Leiman, *Psicología fisiológica* (1992).

⁴ Véase José Antonio Jáuregui, “El opio del mundo” (1994).

que exige su disolución en la unidad tribal? No creo que las ciencias sociales tengan una clara respuesta para esta pregunta, pero parece evidente que esa contradicción, esa tensión, forma parte de la naturaleza humana. En todo caso, ¿qué oscuro componente grupal o tribal contribuye de una manera decisiva a crear la identidad del individuo? Identidad que está hecha de sí misma y de la identidad de los otros. ¿Qué tiene de sí mismo, de original, el individuo? Nada más y nada menos que su carga genética personal y desesperadamente transferible. ¿Qué tiene de los demás? Lo tiene todo. El resto viene de los demás.

Reproduzcamos en voz alta lo que escribió el ya citado antropólogo Jáuregui: “no nacemos suecos, ni italianos, ni españoles, ni alemanes. Pero nuestro cerebro, sin que nos enteremos con nuestro piloto consciente (*ma non troppo*), se programa a la chita callando con símbolos alemanes o españoles [...] Los fans o fanáticos van a los campos de fútbol a saborear el gustirrín étnico que inevitablemente su cerebro les entrega en bandeja de plata por una victoria conseguida⁵.

En otras palabras, la construcción del yo individual incluye una porción tremendamente importante del *ellos*, sin la cual sería imposible delimitar nuestro propio perfil personal, y esa identidad —por supuesto— está construida con un sinnúmero de elementos comunes: un fenotipo, un modo de comunicación verbal, ciertos gestos, ropa, mitos y creencias, normas de comportamiento, y un saludable, aunque muy peligroso, sentimiento de superioridad físico o moral con relación a los otros grupos, que parece estar presente en todas las comunidades humanas. Las otras tribus siempre son las salvajes y las bárbaras. La nuestra siempre es la mejor.

Pero ni siquiera ese sentimiento de hostilidad hacia el extraño —rasgo que inevitablemente caracteriza al nacionalismo— debe ser considerado como una perversión de la naturaleza humana. Ya en 1919, más de medio siglo antes de que Edward Wilson publicara *Sociobiología: una nueva síntesis* (1975), el sociólogo alemán Georg Simmel daba a conocer un libro, hoy considerado como clásico, titulado *Conflictos*, en el que estableció que “cierta cantidad de discordia, de divergencia interna y controversia externa, está orgánicamente vinculada a los elementos que mantienen al grupo unido [...] el *role* positivo e integrador del antagonismo se muestra en estructuras que se distinguen por la aguda pureza, cuidadosamente preservada, de sus divisiones sociales y graduaciones. El sistema de casta de los hindúes no sólo descansa en las jerarquías, sino también en la mutua

⁵ José Antonio Jáuregui, “El opio del mundo” (1994).

repulsión de las castas. Las hostilidades no sólo evitan el surgimiento de lazos, sino evitan que los grupos desaparezcan”⁶.

Según Simmel, la función del conflicto, y aun de la lucha violenta, es la de juntar grupos y personas no relacionados para dotarlos de un propósito común y de una coincidencia de intereses. Estas asociaciones y coaliciones impiden la atomización de los grupos y disminuyen los riesgos de extinción. Sin un enemigo exterior, real o imaginario, la cohesión interna de la tribu seguramente disminuiría de forma notable.

No hay duda de que la hipótesis defendida por Simmel no sólo posee un alto grado de verosimilitud, sino también de que se ajusta perfectamente a los planteamientos que varias décadas más tarde hicieron el etnólogo alemán Konrad Lorenz y el imaginativo dramaturgo, convertido en sociólogo, Robert Ardrey. En *Sobre la agresión*, en los sesenta, Lorenz expuso las peligrosas características de la agresividad humana —una agresividad que carecía de mecanismos de inhibición dentro de la propia especie—, mientras Ardrey explicaba la necesidad de controlar cierto territorio que los seres humanos compartían con otros primates de gran tamaño.

El hombre, pues, condicionado por su ser biológico, impulsado por la naturaleza al conflicto, a la conquista y a la agresión contra sus semejantes —porque de esa conducta tal vez deriva su única posibilidad de prevalecer como especie— repite una y otra vez el tipo de comportamiento que hoy asociamos con los peores aspectos del nacionalismo.

Nacionalismo y cultura

De manera que barajamos una hipótesis biologista que casi puede expresarse con la cadencia de un silogismo: los seres humanos, integrados y surgidos en la naturaleza, como el resto de las criaturas vivas, y sujetos, como todas, a las incesantes leyes de la evolución, exhiben un tipo de comportamiento que se orienta a la preservación de la especie; ese comportamiento es guiado por medio de castigos y recompensas que de forma automática propina el cerebro mediante la actividad de los neurotransmisores; *ergo* es dentro de este esquema donde se inscribe el nacionalismo y donde debemos analizarlo.

⁶ Véase Lewis Cosev, *The Function of Social Conflict* (1956), p. 33. El libro está dedicado a explicar las teorías de G. Simmel sobre el conflicto.

Es decir: la existencia de grupos fuertemente cohesionados por unas señas de identidad comunes no parecen ser más que una estrategia inconsciente de la especie para poder prevalecer. La nación es el nombre moderno de la tribu, del clan, del pequeño grupo que se desplazaba junto y unido por los bosques para tratar de alimentarse. La nación, si se quiere, es la versión humana y refinada del rebaño, de la piara, de la manada.

¿Es esto determinismo biológico? Sólo hasta cierto punto. Sabemos que el bicho humano sólo puede sostenerse como parte de una comunidad. Su período de aprendizaje infantil es muy largo. Necesita de una familia que lo alimente, lo adiestre, y —sobre todo— le enseñe a comunicarse verbalmente. Esa familia necesita agruparse con otras familias para sobrevivir. Esto nos condena al *gregarismo*, y ese instinto, en las sociedades complejas, acaba por generar una especie de macrotribu a la que solemos llamar “nación”.

¿Cuál es el riesgo de este modelo de análisis? Naturalmente, que de él se pueden derivar excusas para justificar comportamientos xenófobos o agresivos. Si el conflicto, la hostilidad y el enfrentamiento son estrategias secretas de la especie para prevalecer ¿cómo oponernos a ellas sin contradecir las leyes de la naturaleza?

Obviamente, no somos las primeras personas que se enfrentan a este dilema. Thomas Hobbes, que puede, tangencialmente, considerarse como padre del liberalismo moderno, dedicó su *Leviatán* a analizar, desde el temor y la prevención, esas destructivas fuerzas ciegas que conducen al hombre al exterminio de sus semejantes, y llegó a la conclusión de que sólo un soberano omnímodo, voluntariamente acatado por todos, podía mantener la paz y la concordia; y su no tan contradictorio compatriota, John Locke, inspirado en el mismo punto de partida, acabó por proponer la fórmula democrática como antídoto contra los peligros inherentes a la naturaleza humana, negándoles a los déspotas los atributos de la soberanía popular, pero sin abandonar su sospecha de que a los hombres había que atarlos corto con la cadena de las leyes para evitar el caos y la disolución.

¿Qué respuesta da hoy la *sociobiología* a esas viejas inquisiciones? Tal vez aporte una novedosa interpretación: la idea de que el constitucionalismo y el Estado de Derecho, más que una gloriosa fabricación del intelecto, sean la expresión moderna de la vital urgencia de la especie por sobrevivir en un medio en el que ciertas actitudes humanas, muy importantes en el pasado para sostener la existencia de los hombres, hoy resultan contraproducentes. Y si esta propuesta es cierta, la obra de pensadores como los mencionados Hobbes y Locke, como Milton y Harrington, sería más bien la de intérpretes de un fenómeno que ya estaba ocurriendo, que la de

inductores de ese fenómeno. Al cabo, las aglomeraciones urbanas, las guerras de religión, el comienzo posrenacentista de la idea del progreso como objetivo de las sociedades, y el surgimiento de la burguesía como resultado del incremento del comercio, tenían forzosamente que cambiar la naturaleza del Estado para que la vida pudiera prolongar su aventura. De manera que las personas, por el procedimiento de tanteo y error, versión cultural de los procesos de selección natural, fueron arribando a una forma distinta de organizar la cosa pública: la forma que desde el siglo XVII comienzan a proponer los pensadores protoliberales.

Es decir: si naturales resultan las fuerzas oscuras que impulsan a las personas a realizar actos destructivos, o a juntarse en naciones, naturales son también las fuerzas que operan en la dirección contraria. Contradicción que no debe extrañarnos, porque ya sabemos que la misma persona insensible y brutal capaz de degollar de un tajo a un prisionero esposado, estaría dispuesta, muchas veces, a arrojarse sobre una granada enemiga para salvar a sus compañeros, o a penetrar en un edificio en llamas para proteger a un niño de morir abrasado. Y ambas actitudes, lejos de constituir un enigma irracional, acaso no sean otra cosa que la expresión de una naturaleza que necesita ambos comportamientos para no ser borrada de la faz de la tierra.

¿A dónde nos conduce esta reflexión con respecto al nacionalismo? A una conclusión que tiene, como el dios Jano, dos caras. La primera es que el nacionalismo, esa indoblegable voluntad de la tribu de andar junta y de hacer junta su destino, no debe ser reprimida ni evitada, porque forma parte de la más íntima y delicada naturaleza humana. Y la segunda es que esa tendencia instintiva, para que no sea letal, tiene que sujetarse al imperio de las leyes, los controles democráticos y a la autoridad de la moral.

Por último, creo que analizar el fenómeno del nacionalismo desde un ángulo biológico —sociobiológico, sicobiológico— lejos de procurarles una excusa a sus defensores, coloca el tema bajo un ángulo que acaso contribuya a quitarle dramatismo y peligrosidad. No es lo mismo pensar en la nación como una entidad sagrada por la que hay que matar o morir, por la que hay que partirle el corazón a quien mancille la bandera, como dice el corrido mexicano, que pensar en la nación como la expresión moderna de un viejo instinto gregario concebido por nuestro organismo como una estrategia para la supervivencia de la especie. Lo segundo, me parece, sitúa a la persona en un plano analítico en el cual disminuyen los riesgos de convertir a nuestra tribu en un grupo peligroso frente a otras tribus distintas. Esa sensación de pequeñez e indefensión a que se llega cuando uno asume, humildemente, el rol de “mono desnudo” que decía el etólogo Desmond Morris, es un buen antídoto contra las supercherías de la supremacía racial

y contra los estados de patriotismo hipertrofiado. Si nosotros consiguiéramos inculcarles a las personas que el nacionalismo o el amor a la patria, más que actitudes sublimes son respuestas biológicas implantadas en nuestro comportamiento tras decenas de miles de años de difícil convivencia, quién sabe si lograríamos, paradójicamente, unas actitudes más frías y racionales, y —también— más comprensivas y tolerantes hacia las manifestaciones externas de este fenómeno.

Naturalmente, esta concepción es muy poco hospitalaria con una visión del planeta en la que se hayan borrado las patrias y las naciones, y la humanidad —toda— navegue bajo la misma bandera. Mientras el individuo necesite de otros para dotarse de una identidad propia, esa identidad siempre requerirá de grupos distintos para establecer el contraste. Y mientras la fuerza vital que anima a nuestra especie y la impulsa a continuar reproduciéndose se mantenga vigente, existirá una urgencia ciega hacia la constitución de grupos diversos e inevitablemente competidores, es decir, potencialmente hostiles.

Es nuestra mayor labor, sin embargo, como señalaron Hobbes y Locke, impedir que ese oscuro mecanismo interior degenera en violencia. Precisamente a eso se han dedicado las más notables cabezas liberales en los últimos 300 años. Tal vez estas II Jornadas aporten su contribución. Ojalá que así sea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cosev, Lewis. *The Function of Social Conflict*. Nueva York: The Free Press, 1956.
- Degler, Carl N. *In Search on Human Nature: The Decline and Revival of Darwinism in American Social Thought*. Oxford University Press, 1991.
- Jáuregui, José Antonio. "El opio del mundo". *El Mundo*, Madrid, 18 de julio de 1994.
- Restak, Richard M. *The Brain: The Last Frontier*. Nueva York: Warner Books, 1979.
- Rosenzweig, Mark R.; y Leiman, Arnold I. *Psicología fisiológica*. Madrid: Mc Graw-Hill, Interamericana, 1992. La edición original fue publicada en inglés por la misma editorial. ☐